

PRÓXIMO NÚMERO

EL EMOTIVO ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

EL FALSARIO

BASADA EN UNA CÉLEBRE
OBRA INGLESA

LA MAYOR CREACIÓN DE
LIONEL BARRYMORE

DOLOROSA EXISTENCIA DE UN
GENIAL FALSIFICADOR DE FIR-
MAS, QUE SACRIFICA SU VIDA
POR EL AMOR DE UNA MUJER.

POSTAL-FOTOGRAFIA:

LARRY SEMON (TOMASÍN)

SALE TODO/ LOS MIÉRCOLES/
PRECIO 25 CTS.

¿Le gustaría á Vd. coleccionar en un lujoso album las postales de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA? Entonces, apresúrese en adquirir los números que le falten.

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 47

25 cts.



EL
RANCHO
DEL ORO

por
William S. Hart
Filmoteca

de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono, 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 47

EL RANCHO DEL ORO

por **WILLIAM S. HART**

Programa Ajuria

Concesionarios: — **SELECCINE S. A.**
Ronda Universidad, 14 - BARCELONA.

Argumento de la película de dicho título

Era la época de reunir el ganado en la estancia.

Lem Besson, vaquero, que tenía poco y ambicionaba aún menos, puso una cara de radiante alegría cuando leyó este anuncio:

Campeonato de tiro de pistola entre peones de estancia.

Su principal, que adivinó el motivo de su alegría, le advirtió:

—Si vas al campeonato ese, te quedarás sin empleo, porque te necesito aquí estos días y tengo poca gente.

—¡Ah, sí! Pues ahora va á tener menos, porque me voy y no vuelvo.

Como se vé, Besson podía faltar de todo pero no de amor propio, el cual fuese tal vez algo exagerado, pues no se permitiría á sí mismo una amenaza para obligarse á hacer algo.

El día del campeonato, que había de verificarse á tres leguas de distancia de la residencia de Besson, llegaba al lugar el tren especial del Presidente de los Ferrocarriles del Sudoeste, Gregory Collins, que realizaba un viaje de inspección por aquellas apartadas comarcas, en compañía de su hija, Janet, que, al decir de las gentes, valía por tres, y constituía su única familia.

Aprovechando la llegada del señor Collins, las autoridades locales le invitaron así como á su hija, al concurso de tiro que iba á celebrarse. Janet aceptó gustosa la invitación y se les cedió el sitio de honor en la presidencia de la fiesta.

Al principiar el campeonato, el señor Collins recibió un telegrama que le notificaba lo siguiente:

*“Nuevo atentado contra caja-fuerte. Celador asesinado. Negocios situación crítica
Bruler”.*

Era verdaderamente inaudita la repetición del intento de robo cometido no hacía más que un mes en las cajas de la Compañía de Ferrocarriles de su presidencia, y, lo más terrible aún, el asesinato del nuevo vigilante. Disimulando á los ojos de los demás su enorme disgusto, y para no tener que dar explicaciones que comprometerían el prestigio de su Compañía, á las autoridades de aquel ramal de su línea de ferrocarril, si se marchaba precipitadamente, quedóse unas horas, las indispensables para complacer á todos.

Como era de rigor, se cruzaron muchas apuestas sobre tal ó cual vencedor en el concurso. Un «fanático» del tiro de pistola, que por ser fanático no sabía tirar, hizo á quien quisiera aceptarla esta proposición:

—Apuesto mi silla, mis pistolas, mi manta, mis frenos y todo lo que tenga, menos mi caballo, contra otro tanto, á que si Lem Besson toma parte en este campeonato se lleva el premio.....

Nadie le aceptó la apuesta, aunque no dudaban de la habilidad de Besson, probablemente porque Besson no tomaba parte en el concurso por no haberle visto nadie llegar.

En la última parte del concurso, el árbitro preguntó, por medio del portavoz, á la numerosa concurrencia, que el tirador que acababa de consumir su turno, recién llegado del Norte, había batido el record que estableció Besson (padre de Lem) en el año 1890.

Sonaron muchos aplausos... que redoblaron al aparecer Lem Besson para presentarse al árbitro como concursante, excusándose de no haber llegado antes porque venia de lejos y haber tenido que cambiar, en camino, los cascos de su caballo.

Fué aceptado Besson, y con la pistola de su padre y en defensa del campeonato que su padre ganó años ha, disparó tres tiros maravillosos. El cuarto no parecía suyo: se le desvió un poco el arma. El quinto también desmereció de los tres primeros. El norteño, que temía perder la ventaja alcanzada sobre los demás así que vió los tres primeros blancos de Besson, se tranquilizaba con el desacierto del cuarto y quinto tiros, atribuyendo aquéllos á cuestión de suerte nada más. Si el sexto dis-



...y con la pistola de su padre...

paro le fallaba, Besson no sería vencedor y habría de disputarse el campeonato con él, por haber empatado de puntos. Mas no sucedió como lo deseaba el extranjero, pues el sexto blanco de Besson fué el mejor de todos y al árbitro le plugo anunciar que Lem, siguiendo las trazas de su padre, era el campeón del mundo en tiro de pistola de seis balas.

Los compañeros colmaron de elogios la maestría del héroe, y el señor Collins uniéndose á las felicitaciones, llamó á Besson y le comunicó una idea que le había sugerido la natural arrogancia y habilidad del colosal tirador:

—Si quiere usted regresar conmigo á Chicago, le ofreceré un buen empleo en mi casa.

—No, señor, gracias... Prefiero quedarme aquí, en este país que me conoce mejor...

—El trabajo de que se trata tiene suficiente peligro para que le resulte á usted interesante... ¿que le parecería reflexionar de aquí á la noche? Saldremos á las nueve de la noche. Si antes de esa hora decide venir conmigo, no tiene más que presentarse.

—No creo que me decida, señor. De todos modos le quedo muy agradecido por su amable ofrecimiento.

Janet, caprichosa reina del corazón de su padre, exclamó cuando Besson se separó de ellos:

—¡Ojalá vengal... ¡Sería tan divertido!

Después de una hora de peregrinar de taberna en taberna, recogiendo en forma de copas, las felicitaciones de los lauros ganados con su habilidad, Besson recordó la oferta del señor Collins, é instintivamente, sin ánimo de aceptarla, llegó, paseándose, hasta la estación.

El tren del presidente de la Compañía de los Ferrocarriles estaba allí, en efecto, en espera. Ocasión como aquella para ir á Chicago con toda comodidad, no se le volvería seguramente á presentar en su vida.

Rosa, una parienta pobre, cuya vida consistía en ver como los demás se divertían, bailaban y galanteaban, mientras ella tenía por única misión opinar si la falda estaba bien, estaba mal y si el azul iba mejor que el encarnado, saltó á tierra desde el coche del señor Collins para perseguir al perrito de Janet que, indócil, se había fugado del vagón.

Besson vió simultáneamente al perrito y á Rosa, y para ayudar á ésta, le cortó el paso al faldero, agarrándolo por el pescuezo.

—¡Caracoles! — dijo al verle tan achatado — A tí te debe haber caído encima algún peso tremendo para dejarte tan aplastado...

Rosa se acercó á Besson para tomarle el perro.

—Mil gracias por haberle cogido...

Besson la miró y cesó de bromear con el perro, por haberse atragantado repentinamente, en presencia de Rosa que, según él, era algo, en materia de muchachas, que no se parecía á las que él tenía costumbre de tratar desde su infancia. Ese «algo» tenía, además, la ventaja de ser bello y amable.

—Eres un desobediente, César, y aunque no voy á castigarte por esta vez, no repitas tu rebelión, porque entonces no te saldría tan barato como hoy.

—Es pequeño, pero osado el animalito — dijo, despegando su lengua, Besson.

—Con el aire del país le habrán entrado deseos de independencia... ¿Me permite usted

cogerlo, señor?

—Pues es verdad. ¡Pobre animalito! Habrá sudado tinta suspendido en mi mano.

—Gracias y usted lo pase bien.

—Vaya usted con Dios, señorita.

Rosa regresó al coche de sus parientes, y una vez que volvió la cabeza, sus miradas se cruzaron con las miradas de Besson, que no cesó de contemplarla hasta su desaparición, momento en que él fué á reunirse con los festivos amigos.

A medida que iban acercándose las nueve de la noche, Besson se sentía poseído de una extraña indecisión que le obligó á apartarse del bullicio de una posada para recapacitar á solas.

Estaba nervioso. De una parte, el tren que salía á las nueve; de la otra, la perspectiva de seguir viviendo y divirtiéndose á su modo en compañía de sus amigos... y el dilema era difícil.

Dieron las nueve y entonces, como electrizado, Besson echó á correr á campo traviesa para subir al tren, cuyo silbato de la locomotora había señalado su partida de la estación.

Logrado su intento, Besson abrió la portezuela del coche del señor Collins, causando las naturales sorpresa y satisfacción de todos. Rosa, que no estaba enterada de la proposición de su pariente á Besson, se preguntaba, con cierto interés, quién era él, y con qué objeto iba á Chicago con ellos.

En Chicago, la ciudad-vértigo, torbellino de ruido, de humo, de prisas, de pasión, de trabajo, de miseria y de oro, Besson se vió perdido cuando el señor Collins lo dejó en la pensión que le había recomendado para hos-

pedarse, situada cerca del Banco. ¡Cuánto más le gustaban las inmensas y soñolientas praderas!

Mientras esperaba en la oficina del Banco á Besson, que se aseaba después del viaje, en la pensión, el señor Collins estaba en conferencia privada con Carl Bruler, un genio en cuestiones mercantiles y financieras y empleado de confianza suyo.

—Bruler... ¿Se da usted cuenta de lo que significa para nosotros, para el crédito y para el porvenir de la casa, este formidable ataque de la Compañía Nordeste?

—Es muy peligroso, es verdad.

—Significa sencillamente que la Compañía nos dejará en la calle á menos que tengamos la mayoría de las acciones del Ferrocarril del Suroeste.

—Y no la tenemos ni mucho menos.

—Si ellos tienen la mayoría el día que se celebre la junta de accionistas, la semana entrante estaremos arruinados.

—Todo esto lo he previsto yo en su ausencia, señor Collins. Por eso le llamé con urgencia.

—Bruler.... Si mi ferrocarril para á otras manos, me quedaré sin un solo céntimo. Todo cuanto poseo está metido en este negocio y no hallaré quien me ayude en la Bolsa, á menos que pueda conservar la mayoría de las acciones.

—No se apure usted tanto, señor Collins. Me parece que podremos hallar una solución para atajar el mal.

—Por de pronto vamos á buscar cuantas acciones sea posible y á comprar las que nos hagan falta para tener la mayoría.

—¿Cree usted, señor Collins, que la gente del Nordeste tiene algo que ver con los intentos de robo de que hemos sido víctimas?

—No sé.... Pero sea quien fuere el culpable, viene en camino un hombre que va á darle una sorpresa.

—¿Un hombre arrojado quiere usted decir?

—Sí, un tirador de pistola como no he visto otro en mi vida. Tiene cara de valiente y lo confirmará su actuación de celador en nuestro Banco.

Besson llegaba en este momento al Banco y presenciando el trabajo de los empleados detrás de las ventanillas enrejadas, comparó las diversas secciones con corrales de verjas doradas.

Introducido al despacho del Director por un ordenanza, el señor Collins presentó á Besson á Bruler, jefe del personal, con quien había de entenderse en lo sucesivo.

—Señor Bruler: este es el señor Besson, que va á ser el celador desde esta noche.

—Perfectamente. Pues Besson, hace ya tiempo que vienen intentando, con criminal persistencia, el robar nuestras cajas en donde hay documentos de gravísima importancia, y ya son dos celadores asesinados á cuenta de esto.... Hay mucho dinero....

—Sí.... El señor Collins ya me dijo que el empleo sería interesante....

—Bueno.... Yo buscaré una persona que le ayude, porque no creo que uno solo baste para el caso....

—Dispense, señor, pero, si no le parece mal, prefiero mil veces ser el único capataz de este rancho de dinero.... No quiero peones.

Por la noche, Besson reconoció minuciosa-

mente las dependencias del Banco cuya custodia se le había confiado. Al marcar en los relojes de registro colocados en una caja dentro de la pared, la hora de su primera inspección, Besson halló en una de las cajas este papelito que decía lo siguiente:

"Si está usted en este edificio la noche del 16 de Junio, le pegarán un tiro".

—Qué amables son los ladrones de esta ciudad—pensó Besson.—Le avisan á uno para que tome sus precauciones. No está mal.

En la casa particular del señor Collins Janet, antes de ir á acostarse le recordó á su padre:

—Mi fiesta va á resultar espléndida; papá.... Todos me han prometido venir.... Es mañana por la noche. No te olvides....

—No me olvidaré que debo asistir á tu «soirée». Anda, vete ahora á descansar... yo voy á ver cómo anda en su trabajo mi nuevo celador.

El señor Collins, desde un tablero eléctrico instalado en su casa, podía seguir punto por punto la inspección del celador, pues cada vez que éste marcaba la hora en un reloj una combinación especial la registraba asimismo en su tablero.

Después de su primera noche de guardia, Besson se personó en el despacho del señor Bruler para entregarle el papelito que había hallado en un reloj-registro del Banco.

—Supongo que me viene á enseñar esto—le dijo Bruler—para explicar por qué renuncia al empleo ¿no?

—No señor.... No pienso renunciar por ahora; pero en caso de que tenga yo que matar á alguien, supongo que este papel bastará para

explicar la cosa.

—Así me gusta.... Es usted un hombre valeroso. Parece que esos recaditos no le preocupan mucho.

—Señor Bruler, cuando se oye el silbido de una culebra á tiempo, no resulta uno mordido.

—Tiene usted razón. Es usted un hombre de orden. Vé usted, yo no había caído en eso que usted dice.

—Hasta mañana....

—Eso es... venga cada mañana, ó cada tarde, como convenido.

Bruler, que al principio no había tomado á Besson por lo valiente que le resultaba, dedicó su particular atención á su admirable conducta para los ladrones... pues Bruler no era lo que aparentaba, sino un mal sujeto, como lo vamos á ver.

Al día siguiente.

El señor Collins regresó al Banco, después de varias diligencias, altamente complacido del resultado de una de ellas.

—Ya estamos consiguiendo las acciones que nos hacen falta.... No estan todas aún, pero todavía quedan dos días disponibles. Tome usted estas acciones Bruler, y póngalas en la caja.

—He de notificarle, señor Collins, que el celador ha estado recibiendo notas amenazadoras y me parece que tengo indicios de su procedencia.

—Es preciso avisar á la policía.

—Tengo otra idea mejor... Nadie conoce á Besson. Se me ocurre que puedo hacer que siga el rastro esta noche y puede ser que averigüe algo importante si ese rastro va á dar á donde yo me figuro...

—Bueno; haga usted que llamen á Besson en seguida.

Besson llegó sin tardar.

—¿En qué puedo serle útil señor Collins que me mandó usted llamar?

—El señor Bruler tiene una misión de confianza y de peligro que debe ser realizada por un desconocido. ¿Quiere usted aceptarla?

—Sí, señor. Espero sus órdenes, señor Bruler.

—Regrese usted dentro de una hora y le daré instrucciones completas.

—Hasta luego entonces.

Bruler se puso al habla, desde el aparato telefónico de la sala de reuniones del Consejo del Banco, completamente aislada de las demás dependencias, con un tal «Franchon», subordinado suyo que tenía una habilidad extraordinaria para no estar en la cárcel que debía ser su domicilio fijo.

—Irá ahí esta noche á preguntar por un tal Tomson. Tenedle la misma consideración que le tuvisteis al último...

«Franchon» puso á sus compinches al corriente de lo que se trataba:

—Es otro encargo que nos hace el mismo individuo, pero esta vez no hay que entrar en ningún Banco. Se trata nada más que de echarle la zancadilla á un tipo que nos van á mandar aquí.

—¿A éste también hay que rematarlo?

—Naturalmente. No hay que hacer las cosas á medias, no sea que vayamos á parar todos á la Comisaría. Los muertos no hablan.

Besson volvió una hora después á recibir las instrucciones de Bruler, y ajeno por completo á la celada que éste le había tendido, lle-

gó á los barrios bajos de la ciudad, refugio de criminales y abrigo del hampa, y entró en la taberna que le señaló Bruler, se sentó frente á un velador y esperó tranquilamente que llegara ese Tomson por quien había preguntado al empleado del mostrador, que le contestó, avisado por «Franchon», que Tomson no había llegado todavía, pero que no podía tardar.

Los canallas habían urdido una conspiración. Uno de ellos maltrataría de hecho y obra á una mujer afiliada á la banda hasta que Besson, que tomaría la farsa en serio, se pusiera por medio en defensa de la joven. Esta, entonces, le pediría que la acompañase hasta su casa para que el malvado que abusaba de su debilidad, no la molestase más aquella noche.

La comedia se interpretó tal y como los granujas la habían planeado, y el final fué conseguido sin más dificultad que tres ó cuatro palabras de hombre á hombre y un soberano empujón de Besson á «Franchon». Este, al tambalearse se agarró á la cintura de Besson y le robó su reloj sin que su dueño se diera cuenta.

—Por favor, lléveme á casa... Tengo miedo de que me mate—le rogó la maltratada joven á Besson.

—Cálmese usted, señorita... Voy á acompañarla á usted... Oiga, tabernero, dígame á Tomson que pronto estaré de regreso... ¿Vive usted lejos señorita? Lo digo porque tengo una cita en esta taberna con cierto tipo á las diez.

Besson y la joven subieron una escalera estrecha y altísima antes de llegar á cuyo final, de un oscuro cuarto, dos hombres, dos chinos, se arrojaron sobre Besson para matarlo. Esos chinos eran dos asalariados de «Franchon». Besson se defendió con los puños, pues

al ir á echar mano de su revolver notó que no lo llevaba (porque la apócrifa joven maltrata-da, que al empezar la lucha entre los chinos y el europeo, se puso en salvo, lo había despojado de él en un momento de descuido mientras subían la escalera). De resultas de la riña, los dos chinos fueron, sin piedad alguna, como Besson entendía que en justicia lo merecían, seriamente vapuleados y arrojados, desde lo alto de la escalera, á la calle. No viendo más á la joven, ni por asomo, y extrañado de no tener el revolver en el cinto, ni el reloj, cuya falta acababa, asombrado, de notar, Besson empezó á ver claro en la trama y precipitadamente volvió sobre sus pasos para demostrar á quienquiera que fuese, quien era él.

En la calle, y cerca de los cuerpos que no daban signo de vida, de los chinos, Besson halló su revolver y se precipitó camino de la taberna para reclamar su reloj. Antes de entrar, previendo una agresión colectiva contra él, mandó á rodar en el establecimiento un tonel de vino que se hallaba fuera junto á la trampa del sótano, por donde había de ser bajado, produciendo el consiguiente susto, alboroto y confusión. Aprovechando tales circunstancias, Besson revolver en mano gritó:

—Tenía yo aquí una cita con un tal Tomson, y además he venido por mi reloj. ¡Digo que he venido por mi reloj! Quiero que se me devuelva inmediatamente! ¡Ah, lo tenías tú, como me figuraba! Voto al diablo, que no te rompo la calabaza porque eres demasiado vil para que yo me ensucie las manos ¿Os salió bien el juego de la muchacha para robarme y luego matarme cochivamente verdad? Si estuvierais en mi tierra, yo os aseguro que os colgaba á todos

de un árbol... ¡por cobardes!... Ahora, ¡quiero ver á ese Tomson!

—¡Al diablo con Tomson!— gruñó «Franchon».

—¿Eres tú también Tomson? Me gustaría que lo fueras y no me extrañaría, porque ya me dijeron que era un ladrón como tú.

Llegó la policía y renació la calma en la taberna. Besson fué detenido por haber promovido aquel escándalo descomunal en la taberna y en el barrio.

Besson no se resistió á seguir á la policía, pero le dijo al jefe de la brigada:

—Soy empleado del señor Collins de la «Collins Trust Company»... y me parece que sería conveniente avisarle á donde me llevan.

El policía llamó por teléfono al señor Collins, cuando la fiesta dada en sus salones por su hija batía de pleno, y le comunicaron la detención de su celador.

—Hágame el favor de traerle aquí lo más pronto que puedan, para que le identifique yo...

Bruler que asistía á la velada, »se interesó» por lo que le había pasado á Besson.

—Según dice la policía se ha hecho el «amo» en uno de los cafés de los barrios bajos.

Besson llegó conducido por el policía á la residencia de Collins, y Rosa, casualmente, le vió entrar, custodiado, en el despacho de su pariente. ¿Qué había hecho Besson para que la policía lo llevara de aquella manera? ¡Pero qué estaba pensando! Tal vez Besson acompañaba á la policía en lugar de que ésta le acompañara á él.

Conducido ante el señor Collins y Bruler, éste le preguntó después del relato de los hechos por el policía:



WILLIAM S. HART

IN

"THE MONEY CORRAL"

"GIVE ME THE GUN - I'M GOING OUT TO SHOW
THEM WHAT A REAL SHOT CAN DO"

Fué aceptado Besson...

—¿Y averiguó usted algo?

—No encuentro al señor Tomson, pero por lo visto él me estaba esperando muy bien preparado...

El policía prosiguió:

—Lo explicaré todo al jefe de la policía que no está enamorado, ni mucho menos, de Francon y su gente...

—Muchas gracias... Eso indica que mi empleado queda en libertad, ¿no?... Besson, ya lo oye usted... puede irse libre.

—Quiero mi pistola...

—Señor agente..., ¿se la da usted?

—Para que la use en su cargo de celador no tengo inconveniente en devolvérsela. Aquí está.

Todo estaba pues arreglado... y el único que estaba intranquilo era Bruler que procuraría, pues le interesaban sus servicios, poner en libertad siquiera á «Francon», indirectamente, mediante fianza.

Cuando Besson salió del gabinete donde le recibió, junto con el policía, el señor Collins, Rosa que le esperó intranquila, le hizo esta pregunta.

—Señor Besson, ¿pasó algo en el Banco?

—Nada, señorita Rosa.

—Entonces, el policía, ¿no le traía á usted detenido?

—No, no; es un amigo mío...

—Me alarmé sin motivo...

—Pensó usted mal de mí...?

—¡Oh no! Pensé en el mal que podían haberle hecho.

—¡Ah! Es usted la persona más amable que yo he conocido. ¿Están ustedes hoy de fiesta?

—Mis parientes, sí... Yo, sigo la corriente.

—¿No le gusta á usted divertirse?

—Depende de lo que se llame diversión.

—Es cierto... No todo agrada ¿verdad? Pues yo me marcho, señorita: he de ir al Banco á encargarme de mi servicio.

—¿Y no tiene usted sueño?

—Depende de lo que se llame sueño...

—¿Sí?...?

Janet, que iba en busca de su padre, en conversación con Bruler, vió á Besson, y le vino una inspiración á fin de poner un poco de vida en la fiesta que decaía en animación. Sin detenerse á pensar que no estaba bien que interrumpiera la plática de Rosa con Besson y sin buscar cómo se habían conocido «tanto», Janet asió del brazo á Besson diciéndole:

—Es necesario que venga usted para que le conozcan todos.

—¿Para que me conozcan á mi?

—Sí... Venga usted, le presentaré á mis amistades... Á usted le interesará conocer las costumbres de nuestros salones y á ellos les complacerá conocer al verdadero tipo del hombre del Oeste.

Únicamente por no hacer un desaire á la hija de su Director, y porque era una mujer, Besson cedió á «exhibirse» en sociedad. Rosa, que de haber osado habría impedido que Janet se saliera con la suya, interponiéndose echándole en cara á su pariente lo que pensaba de ella al intentar burlarse de Besson, quedóse frente al salón, oculta, para observar sin ser vista cómo sería tratado el celador.

Besson, azoradísimo, fué presentado por Janet á sus amistades en general.

—El señor Lem Besson... de Montana.

Algunos invitados quisieron estrecharle la mano (para bromear un poco naturalmente) y

la bromita empezó con la equivocación de Besson que dió su pistola á una dama en lugar de darle la mano.

—Tengo mucho gusto en conocer á usted... le dijo otra señorita «graciosa». Y Besson, que no entendía ni jota en materia de etiqueta, contestó con llaneza:

—Como usted quiera, señorita...



...la bromita empezó con la equivocación de Besson...

Estas futesas que á cabezas sensatas no harían el menor efecto eran comentadas con risitas por la «pollería bien» del salón. A buen seguro que si Besson lo llegara á sospechar la hubiese emprendido á tiro limpio contra todos. Entonces se hubiera visto á las «pollitas» y á los «pollitos» volar despavoridos.

Janet pensó distraer á sus invitados consi-

guiendo de Besson que les contase alguna de sus aventuras, que debían ser sin duda extraordinarias.

Besson temblaba á la sola idea de tener que hablar delante de tantas señoras y señoritas. Para colmo de desgracia, Janet y varias amigas se sentaron á su lado colocándole al medio de ellas.



...Janet y varias amigas se sentaron á su lado...

—Empiece usted Besson.... todas estamos pendientes de sus narraciones.

Besson no sabía por qué ni cómo empezar y sólo movía su lengua en su boca para humedecer su garganta seca como nunca.

Rosa, que padecía lo que Besson, se arriesgó á libertarlo de sus «verdugos» apagando la luz cerrando el contador eléctrico.

Besson sin encomendarse ni á su Patrón,

huyó por una ventana hacia el jardín y se ocultó en él.

Janet encendió de nuevo y rápidamente la luz, y descubriendo á Rosa se afirmó que ella era la que había sumido en la obscuridad toda la casa.

—Echaste á perder la fiesta... Es una crueldad.

—Tú fuiste la cruel al hacer que un hombre se convirtiera en el hazmereir de todos esos idiotas.

—¿Y á tí qué te importa, envidiosa?... Ten en cuenta que vives en esta casa solamente porque papá te tiene lástima... Y es necesario que no lo olvides.

Rosa no pudo aguantar la afrenta que le había hecho su pariente, y sin que nadie lo supiera ni la viera, lió sus ropas y se fué. Cerca de la verja del jardín, Besson la cerró la salida.

—¿A dónde iba usted, Rosa?

—Quería huir antes de que me echaran...

—Y yo también me voy.

—¿Qué dice usted?

—Y no pararé hasta llegar á Montana, palabra de honor... ¿Llora usted Rosa? No llore... No se aflija usted por seres que no valen ni la mitad de lo que usted vale... Es usted tan buena, Rosa, que no sé qué me da verla llorar...

—Me han humillado por mi pobreza.

—¿Dice usted pobreza cuando vale usted un tesoro! ¡Nol Agáchese usted... ocúltese como yo... Viene alguien. Probablemente me están buscando...

—Ya no se oyen más sus pasos... ¿Oye usted ahora esa música que rasga el viento y nos besa en el rostro?...

—Sí... ¿conoce usted esa canción?

—No tal... pero me agrada... Tiene algo que me hace pensar en cosas que jamás pensé...

—“Y en la vida el amor es una aurora”

—¿Eso dice la canción?

—Son las únicas palabras que recuerdo...

—¿Ha visto usted alguna vez nacer la aurora? Por obscura que sea la noche, lentamente se abre el cielo, echa luz al mundo y éste, soñoliento, despierta á la vida como flor que abre sus pétalos bajo las caricias del rocío... Si es el amor como la aurora, el amor es bello... ¿verdad que es bello el amor, Rosa? ¡Ah! Ya cesó la música... con ella cesó... la ilusión. ¿Ha visto usted qué cosas he dicho, Rosa?

—Estuvo usted inspirado Besson.

—Es que soñaba *com mi tierra* y voy á regresar á *mi tierra* donde hay montes altísimos é inmensos llanos y cielo sin límites. Allí donde un hombre que usa botas altas no es un animal raro... En una palabra, voy á regresar á mi casa...

—Ya me figuro cómo lo habrán tratado... Vaya usted á ver al señor Collins y explíqueme... El entenderá, porque es un hombre de talento y de corazón.

—Sí, voy á ir, he de ir á lo menos á despedirme. Pero en cambio, ya que nadie sabe que quería usted marcharse de aquí, vuelva usted á ocupar su lugar en la casa de sus parientes.

—Después de lo ocurrido, ya no puedo volver á mirar á Janet.

—Usted no es rencorosa y yo le ruego que no se vaya... aún... ¿Se decide por complacerme?

—Volveré...

—Gracias, Rosa... amiga mía; ¿verdad que me permite que la llame á usted así?

—En realidad, Besson, es usted el único verdadero amigo que se presentó en mi vida.

—Favor que usted me hace, Rosa...

—¿Cuando se marche usted, se despedirá usted de mí?

—¡Cómo no, Rosal... No podría dejar de hacerlo... Ahora, debemos separarnos; entre usted en la casa sin ser vista mientras yo me presento á sus parientes y á los invitados que están conversando cerca de la gran escalinata.

Janet, celebrando con sus amistades, el encuentro del «tímido» Besson, dijo á este:

—Suspendimos la fiesta por buscarle... Es necesario que entre usted...

—Sí... entraré por mi sombrero... solamente.

Al día siguiente Besson se presentó al señor Collins, en su despacho del Banco, y le informó de su decisión de partir hacia los campos.

—Me pesa renunciar, pero aquí no me siento á mis anchas...

—Sufro con usted una pérdida que lamento hondamente Besson, pero comprendo que su carácter se adopta mejor en Montana.. Ya sabe usted que siempre que guste tendrá un empleo en mi casa.

—Muy agradecido, señor.

—Aquí tiene usted la parte proporcional de su sueldo; y no le deseo otra cosa que mucha

suerte, amigo Besson.

Bruler, que sonreía por lo bajo, depositaba valores en la caja de caudales del despacho del Director.

Antes de despedirse del señor Collins y de Bruler, Besson oyó lo que el primero dijo á su apoderado, entregándole un fajo de acciones, con visibles muestras de satisfacción.



—Me pesa renunciar, pero aquí no me siento á mis anchas...

—Estas acciones representan la diferencia entre la ruina y la prosperidad del negocio. Sin ellas soy hombre al agua.

Al encontrarse, al salir del despacho de la Dirección, cerca de la puerta de salida del Banco, Besson se dió cuenta de que no había devuelto sus llaves de celador, y al intentar hacerlo su vista tropezó con una fecha cono-

cida: *el 16 de Junio*. Era la fecha que indicaba el papelito amenazador que halló en la caja de varios relojes-registro, las dos primeras noches que vigiló el Banco, y una fuerza invisible le hizo variar de camino...

Llegó la noche, la anunciada noche del 16 de Junio. Los salteadores del Banco en número de cuatro cumplieron su palabra y mataron al nuevo celador de guardia para obrar con toda seguridad. En el lúgubre silencio de la dependencia donde estaba la caja-fuerte, se oyeron, después del asesinato del vigilante nocturno, estas palabras:

—Cuando se abra esa puerta, tendremos que ir de prisa porque, al moverse sobre sus goznes, hace sonar una campanilla de alarma en la casa de Collins y no hay manera de pararla... Mucho cuidado, «Franchon»... Una vuelta más... Ahora, ya está. Ustedes, abrirán la caja y «Franchon» y yo sacaremos de ella los documentos que nos interesan.

El timbre de alarma sonó «furiosamente» en casa de Collins. Este mandó á su criado á buscar un coche y á llamar á la policía. Sólo con mucha rapidez podrían sorprender á los ladrones *in-fraganti*.

Pero Besson, como era fácil de adivinar, se encargaba de contestar á la amenaza que le hicieron los reventadores de cajas... en particular al reconocer en Bruler al director de la fechoría.

—Nadie se mueva y arriba las manitas. ¡Buenas noches señor Tomson!...—gritó á Bruler, que desbordaba de ira.

«Franchon», queriendo ser más listo que los demás abalanzóse contra Besson que le derribó de un tiro. A los dos restantes también los

puso fuera de combate, y sin arma, sólo con los puños, la emprendió contra Bruler que pretendía aprovecharse de la pelea de Besson con sus secuaces para robar la caja y huir. Luchando Besson y Bruler entraron en la caja fuerte y «Franchon», rabiando de dolor, empujó violentamente con el pie la puerta de la cámara, cerrándose ésta sobre los dos contrincantes.

Afortunadamente llegaron la policía y el señor Collins.

«Franchon», viéndose perdido, y para agarrarse á cualquier cosa que disminuyera su castigo, notificó á los presentes:

—Hay un par de individuos encerrados en esa caja fuerte, que van á lanzar el último suspiro si no se les abre...

Besson y Bruler fueron sacados en vida y peleándose todavía. Aquél presentó á éste:

—¡El señor Tomson!...

«Franchon», al ser detenido sin miramiento alguno, maldiciendo á Bruler le objetó, refiriéndose á Besson:

—Oiga, Bruler... Usted me dijo que ese tipo iba ya camino de Montana.

El señor Collins, cuyo desengaño ante la perversidad de su apoderado había sido un rudo golpe moral que ni por asomo tuvo jamás la idea de suponer, le abofeteó con estas palabras:

—Usted y los de la casa rival se propusieron arrojarme sin riesgo á ser descubiertos, pero les han salido mal las cuentas... Eso es todo.

La justicia se encargó de los quincenarios y del infame Bruler que pagaría su vileza con largos años de cárcel.

Tampoco se imaginaba el señor Collins en-

contrar en el Banco á Besson, pues que le creía amante de la ciudad. Para recompensar su brillante comportamiento, le habló de esta manera.

—Si hay algo en el mundo que usted quiera y que yo pueda darle, diga lo qué es...

—Hay una sola cosa que quiero pedirle, señor Collins: que sea usted bueno con la señorita Rosa...

El señor Collins comprendió el alcance de las palabras de Besson, y contestó:

—¿Ser bueno con Rosa?... Pero si la amo, y tengo un proyecto que, si sale bien, serviría para comprar á usted la mejor estancia de Montana.

—¡Caramba! ¿Lo dice usted de veras?

Catorce minutos más tarde, en la casa del señor Collins, Janet se ponía en el aparato telefónico y conversaba extensamente con su padre. Lo que hablaron debía ser muy interesante y agradable á la vez, al parecer por las muestras ya sea de contento ya sea de máximo asombro que daba Janet, y por sus contestaciones á su padre.

Rosa, enterada como Janet del repetido intento de robo al Banco, olvidando su rencor esperaba ansiosa junto á su pariente las noticias exactas sobre el suceso.

—Papá acaba de decir por teléfono que está salvado y que el señor Besson peleó contra toda una banda de ladrones.

—¿Y salió herido?

—No, Rosa, sólo ha recibido unos rasguños insignificantes... Ahora, Rosa, te pido perdón por mi indigna conducta...

—¿Quién piensa ya en eso, Janet?

—¿Me permites que te abrace?

—Con todo cariño, Janet...

—He de consultarte sobre ciertos asuntos que tú sabrás resolver mejor que yo porque eres más experimentada. ¿Quieres esperarme en la biblioteca? En seguida estoy contigo.

Mientras Rosa iba á la biblioteca, llegó Besson á la casa, enviado por el señor Collins á su hija, y ésta, antes de que él le dijera nada, le presentó sus excusas por el mal rato que le hizo pasar la víspera cuando le presentó en sociedad:

—Señor Besson, le ruego que me perdone y le digo que fué Rosa la que apagó las luces...

—¿Rosa fué el hada que me libertó del tremendo suplicio á que usted iba á someterme? ¡Oh Rosa, de todas partes suena este nombre en mis oídos! ¿Dónde está Rosa?

—Vaya usted á la biblioteca... Le está esperando á usted...

—Por lo que más quiera, señorita, no siga usted la broma.

—Es usted un hombre admirable, Besson, y me arrepentiría de no tratarle con la consideración que usted merece. Usted ama á Rosa, no cabe la menor duda, y ella, bien lo sabía usted, le corresponde de todo corazón. Yo he secundado á mi padre para preparar un encuentro entre usted y Rosa y la mandé á la biblioteca. Vaya usted allí, y ármese, tan solo por unos minutos, del valor que á usted le sobre frente al peligro. ¿Cree usted que una mujer es más temible que una banda de ladrones? Una mujer es una cosa débil, insignificante, cuando una simple mirada la subyuga. ¡Vaya, vaya usted á ver á Rosa, le digo!

Besson no se hizo repetir la «orden» dos veces y, claro, Rosa le recibió con la misma in-

genuidad de siempre. Pero Besson en un momento de extraordinaria temeridad atacó de pleno para apoderarse del enemigo:

—Verá usted señorita... Lo que pasa es que el señor Collins me ha regalado un rancho y lo que me hace falta es un socio... es decir, una administradora..... ¿Quiere usted aceptar la plaza?...

—Besson ¿Me ama usted de veras?

—Sí, Rosa, te amo como sólo amé á mi pobrecita madre... pero tu amor es otro... te necesito para vivir. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, Besson, mi alma era ya tuya desde el primer encuentro. ¡Bendito sea el faldero que provocó nuestra amistad!

—¡Bendita seas tú, mi Rosa!

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia).

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa

AVISO IMPORTANTE:

La venta exclusiva de nuestra publicación para Madrid y su región la hemos cedido á la casa

MANUEL CASTRO

Pretil de los Consejos, 3. MADRID.

Por lo tanto, todos nuestros lectores de la Corte y región de Madrid podrán, desde ahora en adelante, surtirse de todos los números publicados que les faltén en todos los kioscos y puestos de venta, y caso de no encontrarlos en unos ni otros, siempre habrá un stok permanente en PRETIL DE LOS CONSEJOS, 3. MADRID.

La Novela Semanal Cinematográfica

Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre a hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Amor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El remio gordó. 24, La desconocida. 25, Robin de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frívolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (extraordinario). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro.

Postales-fotografías

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton.